

FUNDAMENTOS PSICO-ESPIRITUALES DE UNA PEDAGOGIA (*)

He pensado estudiar la obra del gran filósofo alemán Wilhelm Dilthey en su faz pedagógica, en aquellos de sus trabajos “de cierta manera los más queridos”, según él mismo confiesa, y servir con ello, — intento Diltheyano de lograr una pedagogía de validez universal —, al conocimiento de materiales importantísimos para una cimentación espiritual-filosófica de la educación (1).

Desde este muy particular enfoque del sistema de Dilthey se hace necesario, empero, un análisis de ciertos antecedentes esenciales, no sólo porque sobre ellos se basa casi íntegramente la teorización, sino porque constituyen por sí mismos conceptos nuevos, de significación propia y bien delimitada, nociones que otras corrientes adquirirán y estimarán luego como definitivamente válidas.

Sabido es que Dilthey instaure para la psicología (hay

(*) WILHELM DILTHEY: *Fundamentos de un sistema de pedagogía* (Obra traducida por el Prof. Lorenzo Luzuriaga y publicada bajo su dirección por la editorial Losada S. A. 1940), forma la parte sistemática del Tomo IX de las Obras Completas de Dilthey: *Pädagogik. Geschichte und Grundlinien des Systems*’, B. G. Teubner. Leipzig y Berlín. 1934.

(1) LUZ VIEIRA MÉNDEZ: *Wilhelm Dilthey y la educación como problema filosófico*. Ed. del Círculo de Profesores Diplomados en Enseñanza Secundaria. Paraná, 1938.

correspondencias históricas de pensamiento, Bergson, por ejemplo), de hecho para todas las ciencias que considera fundadas en ella — las Geisteswissenschaften —, una concepción primordial como es la de la configuración estructurada, totalitaria, de lo anímico. La noción, ampliada por Sprager, y siempre sobre las vías abiertas por su antecesor hasta el punto de concebir bajo figura análoga al espíritu objetivo, es utilizada y aplicada con posterioridad a casi todas las ciencias, a las construcciones histórico-culturales, a pensamientos de índole tan diversa, que Teodoro Litt ha podido escribir de la palabra *estructura* que se convierte en “mágica”, y, al parecer, basta que resuene “como la lira de Orfeo, para que el desorden y la dispersión se sometan a una armónica totalidad”. Sin embargo, en Dilthey como más tarde en Spranger, el concepto anímico-estructural posee un sentido propio, perfectamente separable de aplicaciones abusivas, y, sobre todo, muy importante para la formulación de una pedagogía de base espiritual. Una delimitación de aquel significado, con miras estrictamente pedagógicas, permitiría avanzar, bien hacia la idea de la *comprensión*, o sea del método propio de conocimiento que la estructura se atribuye, sus proyecciones en la ciencia de la educación, bien hacia un examen y desarrollo, a partir de la noción estructural, de la teoría educativa sistemática del pensador germano.

Dilthey se ha propuesto: “tras la recibida división de la pedagogía en dos partes, una doctrina de los fines educativos dependiente de la ética, y una doctrina de los medios educativos dependiente de la psicología, tornar a la totalidad unitaria de la realidad educativa, a aquel terreno sobre el cual, antes de toda teoría, se verifica ya de hecho y siempre el proceso de la educación” (2). Esto equivale a requerir, más que una nueva explicación de lo pedagógico, un descubrimiento de su objeto con toda pureza, un volverse al hecho educativo sin despreciar su singular y compleja realidad. A partir del

(1) Prólogo de O. F. Bollnow al tomo IX cit.

mismo y no a su término habrá de surgir la verdadera sistemática.

La pedagogía hunde sus raíces, es cierto, tanto y tan fuertemente en el terreno del “ser” como en el del “deber ser”. Su dominio, la educación, se constituye por un enlace singularísimo de almas individuales, de madurez diversa, presas a ambientes histórico-culturales y a la vez tendidas hacia direcciones eternas de valor.

Si se hace difícil pensar en una objetivación definitiva y absoluta de esas situaciones, por individuales y por históricas, la pedagogía no puede renunciar por ello a la exigencia de una aprehensión más y más justa de su objeto. La psicología científico-espiritual, con su visión estructurada de la vida del alma, parece prometérselo así.

“La significación del concepto estructural puede ser apreciada — se ha escrito — (3) en que mediante dicho concepto logra comprenderse la vida anímica como unidad, en su conexión interior, y en su relación con el mundo cultural y de valor.

“Por estructura debemos entender, efectivamente, la vida psíquica en su concatenación, en su totalidad. Ella es la función unitaria en la variedad de las vivencias anímicas y las formas de expresión. Ella es la fórmula de la individualidad que no puede racionalizarse y sólo describirse y hacerse inteligible en el comprender, es decir, en el modo de conocimiento propio de la psicología científico-espiritual.

“Por encima de eso hemos de ver aún, en la estructura, la ley general de la vida anímica del individuo, una categoría a priori bajo la cual debe ser pensada y entendida toda la vida del espíritu. Esta legalidad de la vida anímica no puede expresarse sino como sigue: de un lado está movida el alma por impulsos y sentimientos; por otro, se orienta a la reali-

(3) Dr. H. HEICHE: *Der Strukturbegriff als methodischer Grundbegriff einer geisteswissenschaftlichen Psychologie bei Dilthey und Spranger und seine Bedeutung für die Pädagogik*. Hallische pädagogische Studien, dirigida por el prof. P. Menzer. Cuaderno 5º. Págs. 42-43.

zación de valores que existen como deberes y demandas de deber. El enraizamiento en la vida instintiva y sentimental y la tendencia a la realización valiosa, llena la vida del alma con un contenido de sentido que es, a su vez, la condición previa en la comprensión de alma a alma, de hombre a hombre. Por último, la estructura no significa únicamente la ley de la relación recíproca entre las distintas fases de la vida psico-individual, sino que es también la ley de la relación del vivir del alma frente al mundo contemporáneo y el contorno, frente al "medio". Tanto por la propensión al cumplimiento del valor como por esta articulación con el medio, está determinado para la estructura un carácter de devenir, un desenvolvimiento que ha de ser pensado de conformidad con su legalidad. Su expresión equivale a vida del alma, ya en la forma de vivencias, ya de actos. En las primeras, toma algo dentro de sí, en los últimos expone de sí algo, lo objetiviza; en la vivencia se forma la estructura, en el acto ella se realiza.

"Por lo tanto, la psicología científico-espiritual concibe a la vida del alma individual como la relación — que legalmente condiciona la estructura — con el objeto, sea éste, físico propio y circunstante (die physische Um-und Eigenwelt), ya el mundo psíquico contemporáneo, o el supramundo espiritual, la cultura".

De la síntesis, surge de inmediato hasta qué punto la concepción estructuralista de lo anímico puede significar para la educación un aporte de bases radicalmente renovadas. Para no citar, a título de ejemplo, más que un aspecto, señalemos la posibilidad de enlazar íntimamente y sin abismos insalvables el problema del fin educativo, su formulación objetiva, con las individuales y subjetivas instancias humanas.

El nombre *estructura* menta, en su significado más lato, el carácter y configuración peculiar de lo anímico: carácter y configuración representados en una unicidad total e inescindible de sus tensiones y funciones.

Son conocidas la ampliación y modificaciones que Spranger introduce en este concepto. Al afirmar y exponer explíci-

tamente la noción de valor, al referir al valor las funciones anímicas, éstas pierden su carácter subjetivo y se trocan en funciones objetivas y plenas de sentido. Pero en Dilthey, el "valor" conserva todavía un significado restringido que veremos en el transcurso de esta exposición.

Habiase propuesto la tarea extraordinaria de la construcción y fundamentación del mundo espiritual, con una forma y jerarquía comparables a las alcanzadas en su tiempo por el mundo natural. Mas se encuentra con la absoluta y primera necesidad de una psicología no naturalista en que apoyarse.

Entre el cuadro de las ciencias que busca cimentar, pronto aparece la pedagogía como una de las disciplinas que más se resienten de las fallas y límites de la psicología al uso. No fuera inútil agregar, quizá, que la pedagogía sigue siendo por muchas razones, la "ciencia anómala" que calificara Dilthey. Decimos pedagogía y no movimientos de renovación pedagógica. Para serlo, ha faltado a éstos esa inserción en una conciencia amplia de los motivos y orígenes filosóficos que ordenan, explican y justifican el desarrollo renovador, les ha faltado el contacto y la comunicación con la obra de aquellos pensadores que buscaron afanosamente las bases propias, los métodos adecuados, la caracterización y distribución de los objetos y campos científicos aún no rigurosamente acotados, pero sobre los que habría de afincarse todo nuevo saber de lo humano, toda nueva doctrina del educar. En Wilhelm Dilthey la faena se centra en los órdenes científico-espirituales especialmente. La pedagogía está entre ellos; ha cavado hondo parte de sus cimientos, dice, otros no han sido siquiera rozados por el diente agudo de la piqueta. Lo que no es poseer un suelo firme sobre el que laborar y construir honradamente.

Y bien, la pedagogía, al igual que la ética, la poética, la historia, debe remitirse antes que nada al foco vivo del alma. Desde que ésta posee su propio e inconfundible modo de ser, para ella habrá que buscar un método de conocimiento que corresponda a su peculiaridad. Lo que resulte inherente al alma y a su método, inherente será a las materias sobre esa ba-

se y ese método fundadas. De aquí que la concepción estructuralista con que se trata de comprender a la “naturaleza” misma de lo anímico, se torne bien pronto un rasgo capital del pensamiento y la filosofía del espíritu de Dilthey y Spranger. No se trata de un artificio, de un nuevo instrumento de trabajo. El modo característico cómo los territorios científico-culturales tejen la trama de sus objetos y mútuas relaciones es el *estructural*.

Este principio nació, tanto de una reflexión directa sobre las modalidades de la vida del alma, como de los contrastes y divergencias entre aquéllas y las de la vida natural. La crítica polémica a la extralimitación de los procedimientos y métodos del pensamiento naturalista, concede los primeros perfiles propios al orbe espiritual Diltheyano.

La psicología explicativa, “la que más agudamente podría designarse con el nombre de psicología constructiva”, ya que trabaja a la manera y ejemplo de las ciencias naturales, concibe la vida del alma como una conexión causal de elementos psíquicos, verdaderos átomos como los que utiliza la ciencia físico-química.

“Pero nosotros establecemos aquí mismo, al comienzo, en nuestra investigación — escribe Dilthey en las “Ideas para una psicología descriptiva y analítica” (4) —, la demanda rigurosa de las ciencias espirituales a determinar por sí mismas su método correspondiente a su objeto”. El equívoco metódico ha traído una noción también falsa de la realidad psíquica. No se la logrará mejor trasplantando arbitrariamente procederes de otros órdenes. Sólo la caracterización y determinación de sus peculiares objetos, tal como lo ha efectuado la misma ciencia natural, puede dar lugar a los principios y procedimientos dentro de sus propios territorios. “Que nuestro conocer se adapte a la naturaleza de nuestros objetos y estemos nosotros frente a éstos, como aquéllos — científico-natura-

(4) W. DILTHEY: *Ideen über eine beschreibende und zergliedernde Psychologie. O. Completas. T. V. Cap. I. Pág. 143.*

les — frente a los suyos”. No es preciso insistir sobre este punto recordando simplemente el hecho, ya mencionado, de que Dilthey levanta su psicología científico-espiritual, sobre la crítica a la psicología científico-natural y a su insuficiencia e incapacidad para alcanzar la verdadera naturaleza de la vida del espíritu. Pero, ¿este fracaso, justifica por sí solo la búsqueda de los nuevos caminos? No. La justifica la existencia de una realidad psico-espiritual inconfundible, clara y revelable, si se la contempla libre de hipótesis y suposiciones no comprobadas. Esto quiere decir ante todo Dilthey, al exigir nos pongamos frente a los objetos anímicos, como se pone el científico de la naturaleza frente a los suyos.

Para los campos de investigación científico-natural, por ejemplo, es válido el sistema de hipótesis. Puede decirse que toda conexión natural se va ofreciendo al investigador “mediante conclusiones complementarias, mediante unión de hipótesis”. ¡Construcción, sistemas! “¡Hypothesen, überall nur Hypothesen!”.

No ocurre lo mismo con los territorios de lo anímico. Nada pide en ellos ser construido. La vida del alma “es”, y en tanto y en cuanto vivimos, nos dá ella su ser desde el principio con entera plenitud. No existe el fenómeno psíquico tras el cual viva su presunta realidad. La realidad de lo anímico no es otra que la “viva conexión originaria” que constatamos y experimentamos en nosotros mismos.

“El paso decisivo de Dilthey — escribe José Ortega y Gasset — consiste en advertir que no hay sino tomar los hechos de conciencia según ellos se presentan y son, ya que no tiene sentido querer brincar fuera de nuestra conciencia. No hay otra realidad con que podamos mediatizarla y no es posible perforarla para ver lo que “en realidad” pasa tras ella.

“Ahora bien, lo obvio y claro en todo hecho de conciencia es que se presenta siempre y constitutivamente en conexión con otros hechos de conciencia. Si yo creo algo lo creo *porque* pienso tal otra cosa. Si yo quiero algo es *por* tal motivo y *para* tal fin. En suma, lo más esencial del hecho de conciencia

cia es que se dá en complejo, conexión, interdependencia y contexto con otros hechos de conciencia. Esta es un conjunto en que todo anda trabado" (5). Al texto, agrega el filósofo español una nota en la que observa los diversos matices — "complejo, conexión, interdependencia, contexto", y "aún habrá que añadir más", — de la palabra tantas veces usada por Dilthey: "Zusammenhang".

Hay aquí una primerísima afirmación que Wilhelm Dilthey formula con estas palabras: "La vida es en todas partes sólo una conexión"; a ésta se une la que sigue: "La conexión está dada siempre y originalmente en la vivencia" (Op. y Cap. cit., pág. 144). Dilthey reitera en formas diversas este concepto de una realidad anímico-espiritual captable en su más absoluta, actual e íntegra plenitud.

La psicología descriptiva y analítica que él representa, en contraposición a la psicología naturalística, atomista y constructiva, tendrá por fin según propia definición del filósofo: "La descripción y análisis de una contextura la que siempre y originalmente se ofrece como la vida misma" (Op. y Cap. cit., pág. 152).

La textura anímica no está supuesta ni está dada. Ella se vive. Lo que no obsta a que una descripción psicológica pueda perfectamente representársela. Utilice para esto cuantos procedimientos y auxilios metódicos le permitan alcanzar su objetivo; contemple, analice, experimente, compare, etc.

Lo importante, lo ineludible, es que la red que este proceder metódico va a ir tejiendo, no deje pasar y sí aprehenda, con pulcritud y fineza sumas, "la realidad potente, plena de intimidad de la vida del alma".

Desbordantes de una tal riqueza y plenitud humana son, por ejemplo, los escritos de un Séneca, de un Marco Aurelio, un Machiavelo o un Pascal. Ninguno hace a la verdad psicológica y sin embargo, toda la intensa complejidad de lo huma-

(5) JOSÉ ORTEGA y GASSET: *Guillermo Dilthey y la idea de la vida*. Rev. de Occidente. Año XI. N° CXXVI. Dbre., 1933. Págs. 267-8 y nota.

no, “la profundidad misma de la vida pareciera abrirse en ellos”.

Dilthey tiende a una psicología que con medios científicamente aceptados, con legalidad y validez general, represente lo que en forma intuitiva y absoluta — bien que insuficiente para una ciencia —, lograron, y aún a toda hora alcanzan, poetas auténticos y pensadores grandes.

Psicología que no desfigure lo anímico, que no lo mengüe, que se enriquezca con la riqueza fecunda y a cada instante nueva de la vida espiritual. Esto buscan las primera “Ideas para una psicología descriptiva y analítica”. Mas para obtenerlo, para que sea posible esta reducción sin falsificaciones y a términos universalmente válidos de la vida espiritual humana, es menester que se haya dejado verificar previamente en ella una constante, una “normalidad” o “regularidad” pasible de traducción científica. Dilthey la encuentra en la condición estructurada de lo anímico. La contextura estructural, *Strukturzusammenhang*, pasa a ser la cuestión inicial, como se ha dicho, “el concepto metódico-básico más importante de la psicología científico-espiritual”.

Escribe el pensador alemán: “El concepto de una psicología descriptiva y analítica resultónos de la naturaleza de nuestra vivencia anímica, de la necesidad de una aprehensión sin prejuicios ni cortes de la vida del alma, así como de la conexión de las ciencias del espíritu y de las funciones de la psicología dentro de las mismas” (“Ideas...”. Cap. IV. Pág. 168). Puntualizaremos a continuación — con los fines de proyección pedagógica indicados al comienzo — algunos rasgos típicos de aquella naturaleza de lo anímico, entendiendo que no constituyen aunque enumerados y separados, caracteres distintos, sino, y en todo caso, notas o aspectos de su modo peculiarísimo de ser.

1º La vida anímica posee una *unidad*.

“El yo se halla dentro de un cambio de estados, los que son reconocidos como idénticos (einheitlich) por la conciencia de la yoidad (Selbigkeit) de la persona”. Con estas palabras

inicia Dilthey su capítulo dedicado a la Estructura de la vida anímica. (“Die Struktur des Seelanlebens”. Cap. VII de las “Ideas...” Pág. 200).

El yo vive; es sujeto de experiencias y psíquicos acontecimientos, de situaciones que no obstante su riqueza y variabilidad aparecen uniformes, comunes, unitarias, en cuanto ligadas desde su origen y constantemente a un mismo yo.

“La yoidad, en la cual los procesos se unen en mí, no es por su parte un proceso, no es pasajera sino permanente como mi propia vida, adherida a todos los fenómenos” (Cap. cit. Págs. 200 - 1).

2º La vida anímica se manifiesta como una *totalidad*.

Los estados momentáneos y distintos que pudiéramos aislar en nuestra vida psicológica no forman, por este solo hecho, elementos separables, partículas independientes de un todo. Si bien algunas veces los caracterizamos de volitivos, otras de perceptivos, otras de sentimentales, no son por sí de éste o aquél carácter exclusivo. Pasa que cada uno de ellos puede adquirir en un determinado momento una posición predominante. Esta palabra, predominante, señala ya que los demás no han desaparecido, subsisten al par, obran de consuno y sólo que de manera subordinada con respecto al proceso sobresaliente.

Designando por estado de conciencia, “status contentiæ”, todo lo que la conciencia abarca en un instante dado, podemos imaginarnos un corte, por decirlo así, transversal, de la conciencia, y reconocer toda vez que el seccionamiento se intente, una diferente “estratificación” de un tal momento de vida realizada”.

“Al comparar yo estas posiciones momentáneas de la conciencia las unas con las otras, llego a la conclusión, escribe W. Dilthey, que casi cada uno de tales estados momentáneos de conciencia contiene al mismo tiempo, probadamente, alguna representación, un sentimiento y una volición” (“Ideas...” Cap. cit. Pág. 201).

3º. “Dentro de mi vida vigilante yo encuentro más que nada una continuidad”. *Continuidad*, es la palabra con que designamos otro de los rasgos de lo anímico en Dilthey.

Los procesos psíquicos se siguen unos a otros en el tiempo, transcurren, son temporales. Mas este transcurrir no es de ningún modo intermitente. (Los cortes de que hablábamos en el punto anterior suponíamos abstractamente). Si bien es cierto que cada estado psíquico que sobrevenga en mí, en un tiempo dado, se ocultará de nuevo en un tiempo dado, así explica el filósofo la fluencia absoluta y constante de la vida psicológica, “yo encuentro que los unos hacen efectivos los otros”. Los acontecimientos anímicos se suceden, pasan y se conectan, no en la figura de la fila o de la serie, con espacios o blancos periódicos, sino como la visión que del paisaje obtiene el viajero: ya otro aspecto, ya otra perspectiva, al hilo mismo del aspecto o perspectiva que huye con el movimiento. Mientras tanto, “la continuidad del paisaje queda perennemente conservada”.

4º Una recíproca relación liga al *yo con el mundo*.

En medio del cambio y sucesión de los fenómenos y procesos psicológicos, el yo muestra de nuevo una permanente condición: su corresponderse con el mundo objetivo. “Al mismo tiempo se encuentra condicionado por un mundo exterior y proyectado a él”. (“Ideas... Cap. cit. Pág. 200).

El lazo que los une — yo y mundo — no es el de la preeminencia sino el de un recíproco efecto. Veamos algunas de las explicaciones Diltheyanas: “Nos encontramos continuamente determinados tanto corporal como psíquicamente, por motivos exteriores”, mas, paulatinamente, constitúyese una firme trama de representaciones reproducibles, determinaciones de valor y movimientos de voluntad. A partir de entonces, la unidad de la vida no está expuesta más al juego de las excitaciones”. Ella se adapta, procura una máxima acomodación (*Anpassung*), y puede llegar, incluso, a “un cierto dominio sobre lo real” (Op. cit. Pág. 212).

Todo esto que así venimos caracterizando, todo este juego

de complejas y poliformes relaciones: fenómenos psíquicos de un yo que experimenta, procesos de una corriente constante e ininterrumpida, presencia de todos los aconteceres anímicos en cada estado momentáneo y singular, enlace del yo con el "medio", esto, repetimos, lleva un nombre: *Vida*. "Das ist das Leben", inscribe Dilthey. Vida inasible según los escuetos perfiles y enlaces señalados, si no los acercara y conjugara una particularidad: el estar ante todo y de sí *articulados*, el subsistir trabados, entrelazados, no como participando de una índole que les hubiera sobrevenido, sino por una relación muy íntima e interna, como una forma de ser, la apropiada a su singular naturaleza. Dilthey designa a esta naturaleza con un nombre que desde este momento se hace insustituible, el de *estructura*. Lo que llamamos vida, ahora podríamos enunciarlo más explícitamente: la conexión estructural que enlaza las series típicas en una totalidad, esta totalidad es la vida. "Die- ses Ganze ist das Leben", en la expresión original del autor (6).

Anotamos pués a continuación, como fundamental carácter de la vida espiritual, su configuración en estructura:

5º Lo psíquico se presenta como una total *conexión estructural*.

En el capítulo dedicado a explicar el cometido de una psicología como fundamento de las ciencias del espíritu, Dilthey expresa que: "La vida se presenta dondequiera sólo como una conexión" ("Ideas... Cap. 1º: "Die Aufgabe einer psychologischen Grundlegung der Geisteswissenschaften". Pág. 144).

La vida del alma es una compleja trama cuyos miembros, procesos y funciones, son partes integrantes de un todo que los comprende. Y los comprende, no en el sentido de una estructura sobreabarcante o sobrepuesta, sino como una forma peculiar de equilibrio entre las partes que constituyen el todo y el todo que dá significado a las partes. La concatenación en

(6) El pensador E. PUCCIARELLI que ha estudiado especialmente a Dilthey, hace notar al respecto y citando a F. KRUEGER: "La totalidad sería el género y la estructura una de sus especies". (Rev. del Centro de estudios filosóficos. La Plata, 1937).

que se manifiesta lo psíquico no es un agrupamiento, un encuentro fortuito de componentes anímicos. Es más y es otra cosa, ya lo dijimos, una relación, una interrelación de figura propia para la que es preciso una expresión que la traduzca con toda singularidad: articulación, conexión estructural o simplemente estructura. Sólo una vista a sus determinaciones esenciales (los caracteres de lo anímico ya citados y los que se mencionarán) — muy difícilmente una definición —, puede dar idea siquiera aproximada de su contenido y significación.

En unas Observaciones, agregadas al Tomo VI de sus Obras Completas, (Pág. 318) dice el autor: “Llamo estructura a la relación que entre partes integrantes hay en una vivencia”. Mencionamos en seguida esta condición tomándola como un nuevo motivo:

6º La estructura *se vive*.

La realidad psíquica se diferencia de la realidad natural a la simple presentación de sus objetos: mientras la naturaleza ofrece hechos, particularidades, fenómenos como exteriormente dados a la conciencia, la psique manifiéstase a sí misma desde dentro, conexas, con viva, absoluta y originaria plenitud. La vida del alma surge en la vivencia de inmediato y en su ligazón interior. Mientras a los sentidos les es dado captar únicamente pormenores, lo desgajado de las circunstancias, la vida del alma trae a sí y de sí, directamente, sin intermediarios, la misma realidad espiritual. “El proceso particular es traído a la vivencia desde la totalidad íntegra de la vida del alma, y la conexión en la cual él se mantiene por sí y con la totalidad de la vida anímica, pertenece a la experiencia inmediata” (Ideas”. Cap. IV. Pág. 172). De conformidad con esto podríamos definir a la estructura como una “conexión experimentada”, como una “conexión vivida”. Entre las innumerables e importantísimas consecuencias que la afirmación comporta, apenas podemos mentar dos, dados los límites que nos propusimos: la cuestión de la “comprensión” y que en la forma primera que le concediera Dilthey dice así: La prioridad de

la conexión totalitaria condiciona la existencia y comprensión de lo singular. "Todo pensar psicológico conserva este rasgo básico de que la aprehensión de la totalidad posibilita y determina la interpretación de lo singular" ("Ideas..." Cap. IV, cit. Pág. 173) (7). Y una otra consecuencia, la de la legitimidad de la conexión vivida para quedar como base firme y segura de la psicología. El pensar psicológico crece desde la vivencia, desde la estructura sólida y objetiva que aquella expresa y que constituye de esta suerte un fundamento indubitable de conocimiento. El pensar psicológico no hace sino separar y distinguir lo que le fué dado en principio, desde un conjunto, en su más absoluta realidad.

7º La estructura tiende al *desenvolvimiento*.

Dilthey concibe la estructura psíquica de manera dinámica, como "un libre, productivo y creciente" entrar en juego de impresiones y movimientos, de articulaciones y relaciones de una multiplicidad que paulatinamente avanza hacia el desenvolvimiento. Tal el proceso de desarrollo temporal, evolutivo, según el cual crece la vida del alma. Gracias a su marcha genética escapa lo anímico al "causa æquat effectum", relación suprema en el mecanismo de la naturaleza. Gracias a su desenvolvimiento logra ir edificando, desde el juego informe, la conexión; desde "las fuerzas aisladas e impetuosas, de la inestabilidad, del hombre primitivo desgarrado y dividido por impulso de sus pasiones, la disciplina del obrar consecuente y unitario".

El desarrollo se cumple por lo tanto, bien como un sucederse pero también como un crecer, como "un proceso de intensificación de la propia existencia y de la existencia de la especie". La conexión es la resultante de un avance, de una ascensión. Y así en efecto, "tendemos a vivir plenamente en

(7) El filósofo argentino CARLOS ASTRADA ha explicado sobre este punto: "Precisamente podemos comprender un principio un gesto, una acción singulares, porque en la conciencia vivimos de la relación del conjunto". ("La renovación de la psicología. Unidad de alma y cuerpo". La Nación de Buenos Aires).

nuestros sentimientos. Cada voluntad busca ampliar la esfera de su dominio". Y en cuanto a nuestras representaciones, "procuramos que ellas realicen su articulación de la manera más sencilla posible". (8).

Este carácter de lo anímico lleva aparejados dos problemas que son: 1º el del fundamento de esa evolución espiritual y 2º el del principio guiador de su ascenso e intensificación. Pero antes debemos indicar una instancia implicada en el desenvolvimiento creciente y que a la vez forma el rasgo primordialísimo de la estructura psicológica humana. Su historicidad.

8º La vida espiritual es *histórica*.

Decíamos antes que la trama psíquico-espiritual humana es una formación creciente y gradual de conquistas que una vez logradas no se pierden más. Cada paso, "es sólo una serie, una unión parcial, una exaltación hacia el todo". Lo total, pues, no "es", adviene, sobreviene, como un hijo de aquel proceso y a su vez como una condición necesaria de lo que sin descanso y siempre de nuevo acontecerá.

La conexión anímica se percata por la vivencia de su propio formarse. La unidad psico-vivencial no está hecha sino que se edifica. La vida — por la esencial condición histórica de lo humano — encierra, en el más amplio significado, riqueza y experiencia vital.

El carácter estructural de lo anímico da sentido a la vivencia singular en su relación con lo total, pero asimismo, por una articulación temporal que hace del pasado un presente lleno de fuerza y de éste un realizable futuro.

La vida espiritual se da como maduración histórica. El grado o estadio a que en un momento determinado llega su desarrollo, no es independiente ni ajeno a lo que fué antes ni a lo que será después. Resumiendo podemos escribir que, aparte de su condicionabilidad histórica, en cuanto enlazada a

(8) Fragmentos de manuscritos póstumos agregados al trabajo: *Sobre la posibilidad de una ciencia pedagógica de validez universal* (1888) en la edición especial en folleto N° 3 de la *Kleine pädagogische Texte*. J. Beltz. Langensalza.

“ambientes” naturales y culturales distintos para cada época, la estructura psíquica se siente a sí misma como histórica, es de pura naturaleza histórica.

Volviendo ahora a la primera de las notas a examinar en la tendencia estructural al desenvolvimiento (Punto 7º), exponemos que:

9º *Sentimientos e instintos* constituyen el agente propio que impulsa hacia adelante a la estructura. (º)

“El fundamento de la evolución, escribe Dilthey en unos Fragmentos a proyectos de trabajo, yace en lo elemental, en las percepciones singulares, movimientos y sentimientos que nosotros vemos obrar en el niño y más particularmente en los pueblos primitivos”. Esto porque así lo dispone la contextura de nuestra vida espiritual consistente en un dispositivo”, según el cual, nuestras representaciones y sentimientos ponen en juego los instintos que ejecutan entonces acciones, y, a la verdad, de manera tal, que estos sentimientos expresan para nuestra naturaleza psicofísica el valor de lo comprendido en la representación, si bien en forma imperfecta y limitada” (“Sobre la posibilidad...” Cap. II, pág. 63 del T. VI de las O. Completas). Una explicación escueta sobre este punto dice que, la base elemental del desenvolvimiento se encuentra en las formas de reacción de la vida de los impulsos y los sentimientos. Pero en ella muévense además elementos que la tornan compleja y la revelan, a los fines didácticos del análisis, casi siempre erróneamente segmentada. Procuremos resumir sus notas principales: entre las representaciones y tensiones de la voluntad por un lado y las acciones y movimientos por otro, interpónense, según Dilthey, los sentimientos expresando el *valor* de lo captado por la representación y lo querido por la voluntad.

Sentimientos placenteros o dolorosos acompañan permanentemente a los procesos psíquicos. Bien en la recepción de

(º) El texto Diltheyano (T. V. Pág. 214 de las O. Completas), subrayado, es: “Instintos y sentimientos constituyen el *agente* propio que *impulsa hacia adelante*”.

estímulos y objetos del mundo exterior, bien en las respuestas a este mundo mediante movimientos y voliciones, los sentimientos devienen para el hombre — en el juego que es su propia existencia vital — los “valores de las cosas”.

De esta disposición psíquica fácil resulta pensar sus primeros términos: “sensación, percepción, pensamiento, paralelamente, iluminan los objetos en cuyo alrededor nos movemos”; también los últimos: “instinto, deseo, voluntad, abren sus tentáculos a la realidad desde los organismos más inferiores”. “Descansan en cambio, en la función de nuestros sentimientos, aquellos enigmas de cuya solución depende la intelección de nuestra vida espiritual” (“Sobre la posibilidad...” Cap. II, Pág. 63-4 del T. VI de las O. Completas). El análisis es capaz de hallar sentimientos e impulsos diferentes en la forma del fenómeno pero inseparables en su intimidad. “En la profundidad de la estructura ha citado E. Pucciarelli: “La psicología de la estructura”, Rev. del Centro de estudios filosóficos. La Plata, 1937) — están mutuamente enlazados la aprehensión de la realidad, la íntima experiencia emotiva de valores y la realización de fines vitales”. La psiquis es dueña con el sentimiento, de un algo así como medio ponderativo, de una especie de resorte que en cada caso o momento psicológico, le proporciona la medida de lo valioso y lo no-valioso. Desde la raíz honda de los sentimientos, la trama total adquiere su virtud selectiva. En las “Ideas para una psicología descriptiva y analítica” (T. V. Cap. IV. Págs. 172-3, de las O. Completas) Dilthey ha escrito: Por obra del sentimiento “los procesos anímicos singulares, la trama de los hechos espirituales, los que percibimos interiormente, aparecen en nosotros con una conciencia diferencial de su valor para la totalidad de nuestra conexión vital. De esta manera se destaca *lo esencial de lo inesencial*. La abstracción psicológica que exhuma la contextura de la vida, posee para su obrar, en esta conciencia inmediata del valor de las funciones particulares hacia la totalidad, una guía de que carece el conocimiento natural”. En otras palabras expresa el pensador germano: “Toda la

realidad de la vida es medida por su valor en el sentimiento". Pero, ¿qué es en definitiva lo que en el sentimiento se determina unas veces como valor, otras como anti-valor? ¿Cuál el móvil que al mismo sentimiento orienta? Dilthey afirma en sus "Ideas": "El concepto de la conexión anímica vital encuéntrase en la más cercana relación con *el valor de la vida*".

10º — En la estructura anímica Dilthey llama "valor" a un *valor vital*.

Ha escrito el filósofo: "El individuo no puede proponerse un fin vital que no se encuentre en el interior de su propio estado de sentimiento" (Gefühlzuständlichkeit). ("Sobre la posibilidad..." T. VI. Cap. III. Pág. 70, de las O. Comp.). Y ha repetido más tarde: "Sólo tiene valor para nosotros lo que es vivido en el sentimiento" ("Ideas... "Cit. Pág. 216). De lo que no se infiere, concluye él mismo, que "el valor de la vida se reduzca a sentimientos".

El sentimiento es el modo de expresión del valor merced al cual éste adquiere realidad para la vida. Valor propiamente dicho si contribuye de alguna manera a intensificar la vida; anti-valor si a obstaculizarla o deprimirla.

Hemos enunciado al comienzo de este tópico que lo que Dilthey titula "valor", debe entenderse "valores vitales". El mismo nos dice que es estimado por el sentimiento como valioso todo lo que contribuye a la conservación, felicidad y evolución de los individuos, conservación y progresión de la especie humana. En los Fragmentos a planes de trabajo (Cit. Nota 8) establece sumariamente, a modo de fórmulas: "Se trata siempre de la realización de la existencia satisfecha en el sentimiento; la estructura toda sirve a esto como un sistema de medios".

Vemos que es una forma superior de vitalidad del alma la que en verdad orienta el desenvolvimiento de la estructura. Estimable en sus sentimientos es todo aquello que propende a su satisfacción plena, a un enriquecimiento de la vida, a un aumento de la felicidad. La estructura anímica íntegra se

acomoda, adecúa y tiende a realizarse bajo estas condiciones. Diremos:

11º — La estructura espiritual está organizada en forma de *adecuación a la finalidad*.

“No existe ningún movimiento originario en el hombre, ha escrito Wilhelm Dilthey, que no se muestre de algún modo como teleológico”. Esto, que constituye uno de los rasgos más salientes de la concepción Diltheyana de lo anímico, se conecta directa e íntimamente con las caracterizaciones anteriores e importa a la vez consecuencias que afectan a la esencia íntegra de lo espiritual (10). “La concepción entera de finalidad y auto-finalidad surge precisamente del hecho que, todos los fenómenos poseen su punto central en el estado de satisfacción de nuestros sentimientos”. Los sentimientos son el núcleo absoluto, la base incommovible que la actividad humana necesita si quiere estar segura de si misma.

Dijimos ya que la conservación e intensificación de la propia existencia, la plenitud vital constituye una finalidad valiosa de la textura anímica. Todo cuanto tienda a ello, cuantos procesos particulares se lo propongan, revestirán de hecho la condición de *adecuados*, de convenientes o correspondientes a ese *objetivo* último (Zweckmässig).

La adecuación al fin, la teleología propia de la estructura anímica — lo afirma y lo subraya Dilthey — es subjetiva e inmanente. “Es subjetiva porque vive, está dada en la experiencia interior. Y es inmanente porque no está basada en pensamiento alguno fuera de ella misma” (“Ideas...” Cap. VIII. Pág. 215).

No obstante debemos abstenernos de pensar una estructura adecuada a finalidad de contenido particular, sometida a variación histórica. El fundamento de la adecuabilidad se

(10) Las aplicaciones concretas que el mismo DILTHEY extrae de este sentido son múltiples. Una de ellas: “La fórmula suprema de toda moral y pedagogía es que el hombre sea bueno en la medida en que las formas de reacción importantes para su vida, así como las de la sociedad, posean adecuación a la finalidad”.

afirma en la realización de los fenómenos particulares y la relación recíproca de los mismos en vista a una acción total. “Ellos cooperan para el todo de la estructura anímica”.

Si no existiese en la intimidad del alma una dirección final, supuesta en la conexión de valor de la estructura, podríamos hablar de un “recorrido”, de un “transcurrir” vital pero no de un “desarrollo” (T. V. Cap. IV. Pág. 176). La disposición teleológica, con los resortes ponderativos del sentimiento, aseguran y garantizan para lo humano, si no una marcha pareja y enteramente perfecta desde el principio, cuando menos un funcionar sólido e inequívoco. De la estructura de la vida anímica surge su desenvolvimiento, ha dicho Dilthey en “La esencia de la filosofía” (T. V. Pág. 377). Sólo el desarrollo espiritual puede determinar, por una adaptación y articulación cada vez más ajustada de sus procesos singulares, una conexión teleológica perfecta. De aquí derivamos como una otra condición.

12º — La estructura teleológica realiza sus fines de una manera *más o menos perfecta*.

Quedó establecido en el tópico precedente que, de la tendencia de la estructura al desenvolvimiento y de su singular disposición teleológica, se deduce el alcance y logro de sus finalidades con carácter más o menos perfecto. Llamaremos perfecta, por ejemplo, a aquella conexión anímica donde sus miembros particulares llenen su finalidad de manera absolutamente adecuada. A su vez, de la perfecta, esto es, total y completa adecuación de la estructura psico-espiritual a su finalidad, dependerá el progresivo desarrollo de la vida individual y de la historia.

No es difícil colegir — el mismo Dilthey lo anota expresamente — la importancia que este alcanzable grado de *perfección* anímico-espiritual contiene para la educación. El problema capital de la formabilidad del educando tendría allí su base.

Sin extendernos a derivaciones que trascienden el propó-

sito limitado de esta exposición, citemos lo deducido de este rasgo por el mismo pensador:

13º — “La perfección puede ser *expresada en fórmulas abstractas y prescribirse luego como normas a toda evolución*”. (T. VI. Cap. II. Pág. 66 de las O. Comp.)

Todo movimiento psíquico particular es subjetivo, toda íntima finalidad un momento históricamente limitado. Mas el hecho concurrente de que ese fenómeno particular o esa finalidad subjetiva e histórica estén enderezados hacia la perfección de un todo, permite suponer su expresión en esta última forma. En la forma de la perfección pretendida, abstracta e independiente de las condiciones históricas variables, con un carácter de validez general.

Allí donde hay vida real, existe una unidad concreta, plena de contenido singular, tan peculiarísima en sí misma que rehuye cualquier traducción.

“*Los procesos que configuran un contenido* en el sentimiento, que corresponden además, en todas partes, a condiciones similares de vida y posibilitan su realización concreta, pueden sin embargo ser desarrollados y descriptos en su perfección”. (“El ideal de la forma y su carácter abstracto”. Fragmentos, cit.).

El psicólogo y también el educador llegarán a conocer y a aplicar su abstracción de la “vitalidad histórica del hombre”, “describir sus funciones normales, indicando el modo cómo éstas cooperan en un efecto total de la vida”.

Digno de estudio especial sería un cotejo de esta expresión prescriptiva y abstracta de la “perfección” Diltheyana, con la “normatividad” tal como la entiende Spranger en su psicología científico-espiritual.

Si no para que nos conduzca a soluciones inmediatas, para que éste y aquél y otros problemas vayan afirmando la conciencia y el sentido — bien Diltheyanos — de que, para la pedagogía, únicamente “la reflexión filosófica nos puede dar la clave”.

LUZ VIEIRA MENDEZ

